

Mi intestino camina en mi cabeza

Paula Bossa,

Febrero de 2022

Bogotá

El intestino—designado por científicos como el “segundo cerebro” debido a la infinidad de terminaciones nerviosas independientes que lo rigen— sostiene un íntimo diálogo con nuestro cerebro facilitado por la microbiota (los miles de microorganismos que habitan la tripa). Además de regular el proceso digestivo, las entrañas procesan nuestras emociones, influenciando nuestro estado anímico; de ahí que con frecuencia escuchemos “siento mariposas o un nudo en el estómago”, expresiones que revelan un sentir desde lo más hondo de las entrañas.

Del tamaño de una naranja, la más reciente exposición de la artista Cristina Umaña Durán, visibiliza un cuerpo de trabajo conformado por dibujos en gran formato y objetos intervenidos que soportan las huellas del procesamiento de una profunda pérdida personal: la muerte de su hermana. Viscerales y honestos, los dibujos con una estética deliberadamente infantil —realizados en tinta serigráfica que evidencian el gesto y en algunos casos el trazo de las extremidades de Umaña— repiten y señalan el cuerpo de la artista como un lugar de colapso silencioso en respuesta a las emociones vividas durante su proceso de duelo. La omnipresencia de esferas negras alusivas al vacío y la dolencia reiteradas en el plano bidimensional de los dibujos, asumen la corporalidad e intervienen el espacio en forma de frutas o pequeños cuerpos embalsamados.

Dispuestas en el espacio expositivo, estas esferas negras rememoran bodegones minimalistas o versiones contemporáneas del género *vanitas o memento mori* que, durante el siglo XVII, a través de símbolos pintados como cráneos, relojes, flores, frutas e instrumentos musicales, recordaban al espectador de su inevitable muerte, del carácter frágil y transitorio de la vida. Las frutas ocultas de Umaña no solo encarnan los tumores que progresivamente fueron consumiendo el cuerpo de su hermana, también aluden a su cuerpo afectado, recordándonos que un proceso de pérdida, además de psicológico, es corporal y de larga duración.

La sensación de fuego que por mucho tiempo invadió las entrañas de Cristina Umaña Durán luego de sufrir la pérdida de su hermana, hoy es el catalizador de *Del tamaño de una naranja*, una exposición que, desde su sencillez formal y material, aborda temáticas “intocables” que siguen siendo evadidas por la sociedad. En ella, el dibujo se convierte en una herramienta de visibilización, en una expresión materializada de la pérdida de un ser amado que, en consonancia con los monumentos esféricos, le proveen a la artista un espacio para meditar y reparar un aspecto de su historia personal. Al anteponerse con gran valentía a lo que no se habla, Umaña nos muestra el poder de la expresión artística en enmendar el dolor y hacer de ello una conmemoración de la vida, una reflexión profunda sobre la naturaleza del amor.